

EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

EL OCASO DE LOS IMPERIOS COLONIALES

Como específico producto postbélico, difundido por el enorme ámbito hasta donde se extiende y sembrador de perplejidades por su imprecisión, anda vagando, a lo largo y a lo ancho de los cinco mundos y de los siete mares, la imagen siniestra y atormentadora del anticolonismo. Acaso la única nota precisa que cabe consignar respecto a dicho malestar, es la que sigue: al epílogar la guerra universal número uno, todavía la vigencia del metropolitano era lo suficientemente acusada para permitir a sus beneficiarios la puesta en práctica de la liquidación de los imperios coloniales, otrora pertenecientes a los pueblos vencidos, repartidos entre los vencedores, tras manipular el artilugio de los llamados mandatos coloniales, establecidos, con mayor o menor acentuación, a tenor del grado de evolución política de los territorios ultramarinos anexionados. Así pudo procederse a la liquidación del imperio colonial alemán, en beneficio de Francia e Inglaterra. Hoy la experiencia no puede ser reiterada, de un lado, porque los pueblos vencidos no legaban territorios coloniales —exceptuado el Japón y, en mínima proporción, Italia— y, de otro, porque fueron los propios y aparentes vencedores quienes registraron las consecuencias de una evolución, orientada inexorablemente hacia la manumisión del mundo colonial, aún supérstite. Veintisiete años de historia, transcurridos entre las dos guerras mundiales, no constituyen espacio de tiempo suficiente para explicar de modo satisfactorio epílogos tan acentuadamente disímiles. Por ello será preciso indagar cuidadosamente y preguntarnos el porqué se nos ha ofrecido esa mutación, tan increíblemente registrada. Tarea ésta no de

fácil realización, pese a lo cual no resistimos a la tentación de indagar respecto de su etiología.

Dos naciones han contribuído poderosamente a incrementar la tendencia anticolonista, que se ha abierto paso, a partir del año 1945: de un lado, Rusia; de otro, los Estados Unidos de Norteamérica; pero la contribución de las dos citadas naciones no es pareja en su motivo intencional, ni semejante en lo que atañe a su contenido dialéctico, disparidad que no es obstáculo para proclamar que ambos anticolonialismos, pese a su divergente concepción, han proyectado su respectiva influencia, en el sentido de acentuar la inquietante crisis colonialista registrada en el mundo postbélico. Digamos, ante todo, cómo pueden reseñarse las características anticolonialistas de los Estados Unidos y de Rusia.

Los norteamericanos, a través de la interpretación rooseveltiana, han querido atenerse a lo que estimaban, a la vez, como lógica histórica y como vocación sentimental. Norteamérica, que de colonia ánglica se transformó en gran potencia, atendida sistemáticamente a lo que significa el proceso engendrador de su alcanzada manumisión, consideró como deber irrenunciable el de prestar apoyo a toda inclinación de los pueblos coloniales, orientada hacia el logro de su manumisión. Esta tendencia, originariamente sentimental, debió un día adquirir formas tangibles. Ello fué realidad en los diálogos de Teherán, cuando la versión de Roosevelt, tan abiertamente opuesta a la galvanización del sistema metropolitano, generaba la disensión británica, expresada por Sir Winston Churchill, al decir que no había acudido a Teherán para presenciar flemáticamente lo que se quería convertir en irremediable liquidación del imperio británico. No careció de relevancia lo acontecido en Teherán, ya que por lo menos se registraron bien pronto dos epílogos, a cuál más significativos: de un lado, la independencia, notoriamente prematura, otorgada a Birmania y, de otro, el virtual sepelio del imperio colonial neerlandés, hoy transformado en los Estados Unidos de Indonesia. Ambas manumisiones portaban un contenido, llamado a fortalecer la tendencia anticolonialista, ya que ni Birmania ni Indonesia alcanzaron su manumisión en beneficio de una tercera potencia. Sin duda ambas experiencias habían de proyectar su sombra, respecto de otras realizaciones aparentemente liberadoras y no tan claramente excusables. Se iniciaba así un camino peligroso, por cuanto pueblos aparentemente manumitidos, en realidad se convertían en porciones coloniales, pre-

destinadas a engrosar el haber de imperialismos, no por incipientes menos innegables.

Así se pudo registrar esta consecuencia sorprendente: los Estados Unidos, a caballo de su propia lógica, desenlazaban en epílogos que estimaban inadecuados, y un día, ante aparentes manumisiones consumadas, ellos, tan abiertamente anticolonialistas, oponían reparos a la cesación de ciertos metropolitanismos. Lo acontecido en Indochina, tras la capitulación ginebrina, constituye, a estos efectos, una experiencia aleccionadora. Norteamérica, cuando en tierras de Ginebra asistió perpleja a la liquidación del imperio colonial francés en tierras asiáticas, lejos de mostrar su alborozo por el logro de esa manumisión aparente, cuidó de no ser parte, ni directa, ni indirectamente, en los acuerdos concluidos en las orillas del lago Lemán, por el gran liquidador, que resultó ser Mendès-France. Como contraste altamente aleccionador, otra potencia colonialista, contra la cual disparara en Teherán Roosevelt sus andanadas dialécticas, respaldaba con su asentimiento la liquidación del imperio francés en Indochina. Así se registraba esta peregrina consecuencia: una nación anticolonialista, optaba por la práctica de un marginalismo, que en el fondo era disentiimiento, respecto de una sedicente manumisión pactada, en tanto otra nación, cuya grandeza pretérita se afincara en la posesión de un extenso imperio colonial, estimaba como irremediable y en cierto sentido biológico lo que ha sido el epílogo indochino. Ahora que los Estados Unidos se ven situados ante el complejo e inaplazable trance de dotar de perfiles nítidos su política exterior, la experiencia indochina, concurrirá en el sentido de acentuar la ya bien perceptible perplejidad que se ha convertido en huésped estable del Departamento de Estado de Washington, D. C. La pregunta que los dirigentes norteamericanos deben formularse, con nunca bastante adecuada insistencia, es ésta: ¿Cómo debe construir Norteamérica su sistema defensivo en tierras neurálgicas, donde la aparición de un fenómeno anticolonialista, de tal modo complica su política de seguridad colectiva? Planteado así el problema es imposible que Norteamérica logre desasirse de esta proyección contradictoria: la seguridad, que en Washington pretende articularse, se apoya sobre una nota básica: no alteración del actual *status quo*, impidiendo que el mundo construido, a expensas del satelitismo, logre ampliar su área de acción en el orden del espacio; pero al propio tiempo debe tener presente Norteamérica

que su política internacional, en buena medida inmovilista, tropieza con la inclinación dinámica que se ha adueñado de una buena parte del mundo postbélico. Es así como se generan esas bien perceptibles disensiones anglonorteamericanas, cuya prolongación en el orden del tiempo, de tal modo contribuye a mantener la vigencia y a reforzar la «guerra fría».

Hasta aquí hemos hablado del factor norteamericano, en su conexión con la tendencia anticolonialista del mundo postbélico. Para completar ese análisis, consideramos imprescindible hacer específica mención del otro anticolonialismo: aquel que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas esgrime como poderosa arma dialéctica. La posición de Rusia respecto del problema colonial es, pese a las apariencias, menos coherente que la de Norteamérica. Rusia no ostenta hoy la condición de potencia colonialista, en el sentido específico y tradicional de la palabra, por falta de vocación expansiva, sino porque sus reiterados ademanes expansivos se han visto malogrados cuando intentó ponerlos en práctica. Incluso no supo, no pudo, o no quiso, extraer provecho de adecuadas coyunturas fácticas; recordemos la venta de Alaska a Norteamérica, que, desde el punto de vista de la política expansiva rusa, constituyó un tremendo error, por cuanto Rusia se despojaba de una prometedora cabeza de puente, instalada en el hemisferio occidental. Rusia aspiró, con visible reiteración, a expandir su área política al Asia; así se nos ofreció, como símbolo de esa inclinación anexionista, la construcción del ferrocarril transiberiano, espina dorsal del imperialismo ruso y elemento ejecutivo de una de las aspiraciones constantes de Rusia: encontrar una salida al mar libre. Otras dos líneas férreas se ofrecían igualmente como símbolo de política expansiva: de un lado, el ferrocarril Hamburgo-Bagdad-Koweit y, de otro, la unión férrea del Cairo con el Cabo, malogrado el primero de los últimos citados designios al finalizar la primera guerra mundial e imposibilitado el segundo, tras los acuerdos angloegipcios, concernientes a la evacuación de las tropas británicas, instaladas en el canal de Suez. El hecho de que el transiberiano siga constituyendo vía controlada por Rusia, incluso en sus complementos del ferrocarril sudmanchuriano y del Este chino, en tanto los otros dos se malograsen, debe atribuirse a la circunstancia de que Rusia opera partiendo de líneas interiores, sin interposiciones, ni soluciones de continuidad, entre el centro y la periferia. Ventaja posicional que no evitó la terrible y permanente con-

secuencia de que Rusia, que en el factor distancia había encontrado un poderoso aliado, también fuese víctima del espacio, cuando a varios miles de kilómetros de su zona básica debió librar una guerra, irremediablemente perdida desde el mismo día en que se iniciaron las hostilidades rusioniponas en las tierras manchurianas y en las aguas que circundan a éstas. Pero la Historia, portadora a veces de impresionantes sorpresas, nos ha deparado una de acentuado volumen: Rusia, que colaboradora bélica ocasional con los Estados Unidos mantenía la vigencia de una alianza con el Japón, lejos de verse situada en posición marginal y desventajosa, el día en que se registró la derrota nipónica (gracias al esfuerzo y al innegable heroísmo de las fuerzas norteamericanas), con explicable pasmo del mundo, rescató de un solo golpe todo lo que había perdido al signarse el Tratado de Portsmouth de 1905. Hoy Rusia es beneficiaria de esos extraños e increíbles pactos de Yalta, y tales ganancias ponen claramente de manifiesto hasta qué punto Rusia no vacila en aprovecharse del colonialismo cuando considera factible su puesta en práctica. Estas contradicciones, lógicamente deducidas del parangón establecido entre el aparente anticolonialismo de Rusia y su política expansiva, respecto de territorios que en modo alguno son rusos, ofrecían a los Estados Unidos una base polémica poderosa que éstos no supieron manipular en la medida conveniente.

Pero no es precisamente en el mundo técnicamente colonial donde debemos centrar nuestra labor crítica e investigadora, en lo que al expansionismo ruso atañe. Es necesario proyectar nuestra atención respecto de otras actividades desplegadas por Moscú y cuyo contenido pone claramente al desnudo lo que hay de farisaico en la sedicente inclinación anticolonialista soviética. Aludimos, como el lector de esta REVISTA habrá fácilmente inducido, al sistema de satelización puesto en práctica por Rusia al otro lado del «telón de acero». No se ha registrado, a todo lo largo de la historia, una experiencia colonialista tan cruel como lo que esa acción rusa representa. Formulamos esa aseveración, apoyándonos en las consideraciones que seguidamente brindamos al lector.

La inquietud registrada en los pueblos coloniales asoma en períodos de evolución política que van, en situación ascendente, más o menos acelerada, del vasallaje a la manumisión. Generalmente, esos movimientos tendentes al logro de la emancipación, se registran como actividades en cierto modo prematuras. La distancia

que media entre la sumisión y la madurez política, no siempre ha sido adecuadamente valorada y ello explica el porqué independencias prematuramente otorgadas, han constituido, más que factores de estabilidad, motivos de inquietud política. Esta tabla de valores no puede aplicarse respecto de la experiencia que Rusia nos brinda en relación con los pueblos satelitizados, ya que así como el fenómeno colonial constituye un proceso que, partiendo de la sumisión, conduce a la independencia y a la secesión respecto de la metrópoli, lo que Rusia ha realizado después de 1945, no sólo puede reputarse como experiencia inédita, sino que equivale a una acción regresiva y, como tal, abiertamente condenable, por cuanto Rusia ha convertido a naciones hasta entonces soberanas e independientes en meras prolongaciones del más despiadado y cínico de los imperialismos. El mundo colonial, partiendo de la sumisión, se encamina hacia la libertad; el mundo satelitizado arranca de la libertad para caer en la esclavitud; el prólogo y el epílogo, en ambos casos, ofrece un cruel contraste.

Naturalmente que a los ojos de Norteamérica no podía pasar totalmente inadvertido, lo que la satelitización realizada por Rusia representaba como arma dialéctica para ser esgrimida como antídoto y réplica al farisaico anticolonialismo ruso; pero los Estados Unidos no han sabido extraer todo el provecho posible de una coyuntura, malogro sólo explicable debido a la inexplicable miopía de que diera muestras Roosevelt en Teherán y en Yalta. La inhabilidad norteamericana se cifró en una palabra: la política de contención, cuyo enunciado, si algo quería significar, era lo siguiente: dar por consumados los hechos que tanto beneficiaran a Rusia y considerar como intangible e irrectificable la política de satelitización. La denominación *containement policy*, sustancialmente equivalía a rectificación, no por indirecta menos innegable, de la política de satelitización desplegada por Rusia respecto de las naciones a ella contiguas o próximas. Con visible retraso, los Estados Unidos percibieron la necesidad de alterar los elementos básicos de su política internacional, hasta entonces peligrosamente conformista, y es así como asomó en la escena de la política internacional norteamericana otra concepción más dinámica y positiva que la anterior: aludimos a la *roll-back-policy*, cuyas características intencionales son: lograr que Rusia tornase a sus fronteras de 1939 y conseguir el desprendimiento de esas naciones sa-

télites condenadas a actuar como meros e irredentos apéndices soviéticos.

Si ahora el lector se toma la molestia de considerar en su conjunto la argumentación que precede, le será fácil extraer consecuencias de lo aducido... Rusia y Norteamérica, la primera para servir sus designios imperialistas; la segunda, víctima de su propia ingenuidad, elevadas ambas en el período postbélico a la categoría de protagonistas, carentes de plural, en lo que atañe al volumen de su proyección internacional, han marchado ambas por caminos dialécticos, igualmente reprochables. La enmienda rusa no parece presumible si no es a impulsos de una política de firmeza, practicada por el mundo libre. La rectificación norteamericana es posible, y hacedero fortalecer la posición dialéctica de los Estados Unidos, desde el mismo momento en que el Departamento de Estado, de Wáshington, D. C., opte por indagar, sin prisa, pero sin pausa, cuáles son realmente los puntos de discrepancia y de coincidencia que pueden deducirse de un examen comparativo del colonialismo postbélico supérstite y del anticolonialismo tradicional en Norteamérica. Realizada adecuadamente esa labor comparativa, las consecuencias de la misma serían, más o menos, las siguientes: la distancia que separa los anticolonialismos ruso y norteamericano es abisal; la diferencia que existe entre el anticolonialismo estadounidense y el colonialismo occidental (este último en proceso de crepúsculo vespertino) no es tan acentuada que no permita preparar el tránsito del vasallaje a la manumisión, en forma que beneficie la causa de la estabilidad internacional y de la paz del mundo libre. Es esa ecuación la que debe ser investigada sin pérdida de tiempo. Comprendemos que la tarea es compleja; pero la dificultad de una empresa no debe impedir el llevarla a cabo, sobre todo, siendo, como somos, sabedores que constituyen un evidente peligro, tanto el prolongar sistemáticamente el *statu quo* colonial presente, cuanto el otorgar frívolamente la total independencia a pueblos respecto de cuya madurez política abrigamos dudas, no en servicio de metropolitanismos, de imposible prórroga, sino deducidas de un examen objetivo de la situación internacional postbélica presente.

POLÉMICA DEL NEOPROTAGONISMO

Todos aquellos que desde Wáshington, D. C., pugnan por proveer a los Estados Unidos de normas internacionales que logren eliminar la perplejidad y las desconcertantes rectificaciones de la política exterior norteamericana consideran tarea impracticable el perfilar lo que debe ser acción internacional de los Estados Unidos, ateniéndose para ello a normas rígidas. Ello vale tanto como sostener que lo incierto del mundo internacional en la época post-bélica presente ha convertido en anacrónica una versión otrora muy extendida y a cuyo tenor toda nación debe apoyar sus designios de política internacional, sobre lo que han venido denominándose como constantes históricas; tal persistencia normativa pretérita proveía al que la manipulaba de elementos, presumiblemente básicos y suficientes, para marchar por el mundo sin ser portador del peso muerto y embarazoso de las incertidumbres. Ahora se dice que la situación internacional es de tal modo alucinante que obliga indefectiblemente a la puesta en práctica de continuas rectificaciones. No es otra la tesis sostenida en el extenso libro de L. Larry Leonard, *Elements of American Foreign Policy* (611 páginas. McGraw-Hill Book Company, Inc. New York, 1953). En dicho libro se sostiene, como tesis básica, que en todo proceso formativo de política internacional es preciso incluir cuatro elementos, siendo el enumerado en último lugar, el siguiente: «The review of objectives and policies involves a continual reestimate of the international situation and a continual reassessment of the validity of the objectives.» La fórmula brindada parece a primera vista seductora y diríase que constituye la válvula de seguridad ante el riesgo de caer bajo la acción de un indeseable anacronismo. A nuestro entender, esa sensación aquietadora del margen y de la elasticidad, implícita en las palabras reproducidas, resulta ser tan sólo aparente, por cuanto si no señalamos un límite a esa propugnada revisión de toda política internacional, ello puede afectar a la continuidad sustancial de toda acción exterior y convertirla en una pura cadena de medidas emergentes. Es lo que Europa viene reprochando a Norteamérica, a partir de 1945, al contemplar cómo los Estados Unidos andan y desandan los caminos, llevando la perplejidad a cuantos inicialmente creyeron po-

sible la navegación en conserva, siguiendo el rumbo, que luego resultó ser incierto, de la poderosa nave norteamericana.

Las precedentes consideraciones nos inducen a pensar que no estábamos descaminados cuando con notoria insistencia integrá-bamos la política internacional de todo país, construyéndola a base de dos elementos polémicos: de un lado, estimando que existen motivos, históricos y geopolíticos a la vez, que condicionan toda política internacional y constituyen, en definitiva, una necesaria limitación a la iniciativa de los gobernantes; de otro, que preservando cuidadosamente esa orientación hacia lo permanente, debemos no desdeñar otro elemento de juicio, a saber, que toda política internacional ha de ser, en parte mínima, necesariamente plástica: acoplar lo permanente y lo contingente, atribuyendo a cada una de ambas proyecciones su respectiva importancia, constituye elemento básico para articular una política internacional que no resulte ni puro sobresalto ni incurable afán de anacronismo. Es el logro de esa ecuación lo que viene persiguiendo Norteamérica desde que se inició el segundo período postbélico, sin que lo haya alcanzado hasta el presente y el no captar ese protagonismo que los Estados Unidos pudieron alcanzar habida cuenta de la suma de poder que retienen, indujo a determinadas naciones, especialmente a Francia e Inglaterra, a extraer provecho de tal supuesta falla, intentando, una y otra, la reinstalación de un protagonismo que, en principio, resultaba impracticable por ausencia de una fuerza sobre la cual apoyarlo y que algunos consideraban posible, pensando en que si desde la capital federal se había especulado ampliamente en torno al dilema Wáshington-Moscú, no se había logrado nutrir tal antítesis de elementos que acreditaran su irremediabilidad. De ahí una inclinación: la de la equidistancia, a cuyo tenor no debían considerarse como definitivamente agotadas las posibilidades de una convivencia entre dos mundos que muchos reputaban de antitéticos. Si el espectador intenta penetrar en los designios, tanto de Francia cuanto de Inglaterra, en este período postbélico, no le será difícil percibir cómo al amparo de coyunturas que se consideraban propicias se intentó especular en torno a una posible avenencia entre el Este y el Oeste, tesis que un día hiciera suya el Presidente Roosevelt, al propugnar respecto de Rusia la puesta en práctica de una política internacional de apaciguamiento (*appeasement policy*).

Las anteriores consideraciones no han sido consignadas con el

propósito de articular aquí una tesis de tipo principal, sino con el específico designio de conectarlas a lo que constituye actualmente la denominada política internacional patrocinada por Mendès-France y que no ha perdido su vigencia cuando redactamos estas glosas, exactamente al iniciarse la segunda quincena del mes de agosto y al tiempo que se anunciaba el propósito —acaso ya irrealizable— de llevar ante la Asamblea Nacional francesa el problema de la ratificación del tratado estableciendo la Comunidad Europea de Defensa, para lo cual se han ideado los diálogos, ineficientes, que en Bruselas han mantenido los delegados de las seis potencias signatarias del Tratado de 1952.

De Francia se ha dicho que es la responsable del atasco por que atraviesa el mundo occidental en los veintisiete meses de historia transcurridos a partir del 27 de mayo de 1952, cuando en París se signara el convenio estableciendo la Comunidad Europea de Defensa. La afirmación parece a primera vista irrefutable y acaso revista tal condición; pero nosotros, lejos de contentarnos con la consignación de lo que precede, estimamos preferible indagar respecto a lo que representa y significa esa perceptible resistencia francesa, hacia cuanto implique ratificar, sin la incorporación de protocolos adicionales, del Tratado de 27 de mayo de 1952.

Francia, como toda nación, es portadora de virtudes y máculas; incluso en ocasiones sus reacciones parecen abarcar conjuntamente esas dos inclinaciones aparentemente antitéticas. La nación vecina propende siempre a cultivar el egocentrismo y gusta de interpretar el mundo circundante con exégesis centrada en torno a la específica versión francesa. Es ésta una clara manifestación de su perceptible nostalgia protagonística. Francia, en definitiva, pretende realizar el milagro de perpetuar su prestancia histórica, lo mismo cuando el poder por ella atesorado constituye una realidad, que cuando la historia la sitúa en posición secundaria y relegada. Es ésta una ambición que no registrados con propósitos de reproche, ya que no estimamos censurable el que una nación intente perpetuar su papel dirigente a través de todas las tormentas, altos y bajos, que implica el dinamismo de toda política internacional. Esta inclinación francesa se exterioriza a través de cuanto estiman nuestros vecinos ultraperinaicos, como adecuado y explotable coyuntura. En esencia, la tesis francesa puede esquematizarse del modo siguiente: Si a Francia no se le deparan ocasiones para actuar en el primer plano de la política internacional, apoyado ese

ademán en una preeminencia fáctica y tangible, no por ello se resigna, ya que siempre cree a su alcance una posibilidad: la de actuar como mediadora entre dos aparentes antítesis y a través de tal inmixción, remozar su protagonismo. Al fortalecimiento de esa tesis parece concurrir la experiencia histórica registrada a partir del Tratado de Franckfurt. Francia ha creído hacer frente al riesgo de su contigüidad con un pueblo coherente y poderoso, compensando esa desigualdad y atenuando ese temor a medio de la alianza rusa. Es éste un dato que no tienen suficientemente en cuenta todos aquellos que se extrañan de la existencia de esa especie de rusofilia supérstite que sigue siendo una realidad en ciertos medios políticos franceses. Ahora, una vez más, esos tres elementos determinadores de un problema: Alemania, Francia y Rusia, tornan a cobrar su vigencia, en términos que sería inadecuado ignorar, por parte de quien pretenda honestamente interpretar lo que significan en esencia estos días de historia europea que estamos viviendo.

La citada trilogía constituye lo que los norteamericanos denominarían *test* de la situación presente. Francia iniciara con Plevén lo que es hoy convenio, relegado, de 1952. Tras embarcar a sus consignatarios en la aventura de la integración europea —primero militar, y con el transcurso del tiempo, política— y lograda la ratificación ofrecida por cuatro de los seis firmantes, es la que ahora se resiste a signar el mencionado pacto. Desde hace dos años va acumulando argumentos justificativos de su disenso y en fuerza de reiterar alegaciones disuasorias ha logrado, indiscutiblemente, que carezca de apoyo popular en Francia esa solicitada ratificación. Para ello, apeló a toda suerte de argumentos, cuya sola enumeración proveería esta glosa de extensión inadecuada. Mas, acaso, donde más hincapié hizo Francia fué en su condición de gran potencia colonial y en la circunstancia de verse obligada a luchar en tierras de Indochina, distraendo así una buena parte de sus efectivos militares en el Sudeste asiático y colocándose, por tanto, en situación de evidente inferioridad respecto de la Alemania Federal, despojada esta última de su imperio colonial en 1919. Ahora, aparentemente al menos, parece haber sido objeto de eliminación de inquietante incógnita indochina, pese a lo cual, sustancialmente, Francia sigue exteriorizando el mismo grado de resistencia hacia cuanto implique ratificar, en su forma actual, el Tratado de 27 de mayo de 1952. Ello quiere decir que existe un

motivo de índole permanente, explicativo de esa resistencia francesa a votar en favor de la Europa séxtuple, y a indagar cuál pueda ser la causa explicativa de tal negación van dedicadas las líneas subsiguientes.

Todos los franceses que encaran el problema alemán, sea cual fuera su respectiva posición temática, saben perfectamente que Alemania no puede ser un elemento inerte en la Europa del futuro. Debe desdeñarse toda posibilidad de marginalismo alemán, por la plural consideración de que ello contradeciría, de un lado, lo que son enseñanzas de la Historia, encuadrada entre los años de 1870 y 1939, y de otro, ignoraría peligrosamente lo que significa el factor posicional alemán, referido a una zona neurálgica de Europa. Tampoco constituiría solución la ocupación militar, indefinida, de Alemania, prolongación que significaría algo tan inquietante como esto: que el mundo occidental debía hacer frente a la amenaza rusa no sólo defendiendo sus propias fronteras, sino preservando la integridad de una Alemania que, relegada al marginalismo, constituiría lo que los americanos denominan punto muerto (*dead end*) en el propio corazón de Europa. Esto aparte, nos parece sencillamente descabellada la tesis de que Alemania pudiese permanecer al margen de una pugna en la cual acaso de modo irremediable, va a decidirse, por un dilatado espacio de tiempo, el porvenir del mundo occidental. Todo esto lo estimamos tan evidente que no acertamos a comprender cómo Francia no se hace eco de estos acuciantes elementos fácticos.

De sobra sabemos cómo quiere hacerse frente a las anteriores alegaciones. Los franceses no temen, de modo inmediato, a una Alemania integrada en la Europa séxtuple, pero percibiendo la portentosa capacidad de recuperación de que ha dado muestra Alemania —y que, en ningún caso, puede ser motivo de reproche— temen que las virtudes del pueblo alemán, e incluso su innegable madurez política, adquirida a lo largo de nueve años de amarga adversidad, en definitiva, se traduzcan en un epílogo: que Alemania recupere su prestancia como nación-clave en esta Europa postbélica. Frente a esos factores, que por ser de tipo biológico no pueden eliminarse, Francia, acaso, sueña con reiterar su historia, ignorando que no es posible pluralizar experiencias definitivamente arrumbadas. En este caso, la tan invocada lógica francesa parece naufragar, hundida en el complejo del peligro alemán, y por ello Francia piensa en Rusia y en la posibi-

lidad de reinstalar en Europa una engañosa armonía, arrumbando el Pacto del Atlántico y reemplazando la N. A. T. O., por una extraña alianza paneuropea, en la cual Rusia, irremediabilmente, al ser partícipe de la misma, desempeñaría una misión directiva acentuada. Es decir, que Francia, obcecada por lo que ella considera peligro alemán en potencia, trabajaría por instalar una tremenda hegemonía —la de Rusia— y pretendiendo galvanizar su protagonismo, en realidad lo que haría no sería otra cosa que ofrecer a la U. R. S. S., en bandeja, el enorme beneficio de una incondicional hegemonía.

No es sólo lo monstruoso del citado epílogo lo que ha de ser tenido en cuenta. Hay algo que excede y eclipsa la anterior posibilidad epilodal, y ello no es otra cosa que el indagar, el porqué, para hacer frente a qué clase de peligro se habría de constituir esa alianza mastodóntica que Rusia sugiere. Porque una alianza, o se establece para hacer frente a un peligro exterior, engendrado por un inquietante desequilibrio, o se concluye para abarcar en un mismo pacto a los potencialmente desavenidos; es la imagen de Maquiavelo, que conserva toda su vigencia dialéctica. En uno y otro caso no se acierta a explicar qué interés puede encerrar para Rusia una alianza siendo ella beneficiaria del desequilibrio, como no sea para más cómodamente instalar su hegemonía en el corazón de Europa.

Acaso se nos diga que vamos a ensayar algo nuevo y sorprendente: una especie de Locarno ingente, que comprendería, en definitiva, lo que Mackinder denominara Isla Mundial (*World Islam*), abarcando Europa, Asia y Africa. Pero si ese desenlace correspondiese a nuestras predicciones (y no es aventurado suponer que a tal epílogo conduciría la actual tesis francesa), debe tenerse presente algo que el constructor de la tesis del Mundo-Isla nos hacía saber: que la Isla Mundial, en función, no representaría otra cosa que la incompartida hegemonía de Rusia, construída, por vez primera en la historia, a escala intercontinental. Sería un precio terriblemente excesivo el que Francia haría pagar al mundo libre, si por huir de lo que ella estima peligro alemán, se viese la punta europea del mundo eurásico condenada a desempeñar el triste papel de mero apéndice de la estepa. Es así como la obsesión francesa, pluralmente encaminada a prorrogar un protagonismo de imposible vigencia y a descartar la posibilidad de un renacimiento alemán, nos conduciría irremedia-

blemente a un desenlace siniestro: la instauración del mesianismo ruso, instalado en un área que, por arrancar del estrecho de Bering y llegar hasta el cabo de Buena Esperanza, constituiría la antesala de un irremediable epílogo: la conquista futura e inevitable del mundo apendicular que Mackinder refiere al Hemisferio Occidental y a la Australasia.

EL RESCATE DE EUROPA

Mendès-France es hombre que sabe hacia dónde se dirige, y desentraña quiénes pueden ser los compañeros que faciliten su planeado viaje diplomático. Su política internacional resulta ser más compleja de lo que a primera vista pudiera deducirse, y en esa característica se encierra la peligrosidad de su empeño. Para algunos la eliminación del Gabinete francés de los tres ministros adversos a la aprobación del Tratado estableciendo la Comunidad Europea de Defensa, significa claramente que Mendes-France intenta imponer su sedicente *européismo*; afirmación que, *grosso modo*, parece aceptable, pero el asignarle tal condición no significa otra cosa que el invocar genéricamente el *européismo*; lo que interesa es calificar tal *européismo* de modo específico; veamos si esta tarea diferenciadora nos permite desentrañar cuáles son los designios de Mendes-France.

El *européismo* puede ser interpretado de distintos modos, tanto en su significación puramente geográfica cuanto en lo que encierra como norma conceptual. En el primer sentido, el *européismo* vendría a significar el rescate, por parte del viejo mundo, de una especie de *leadership*, desplazado desde 1945 y potencialmente al altance de Rusia y de los Estados Unidos. Para algunos la hegemonía rusa, aun contando con una aparente y engañosa colaboración de occidente, nos conduciría a la llamada satelitización del mundo libre, en tal sentido considerada como indeseable. Una Europa occidental desintegrada frente a una Rusia militarmente poderosa y monolítica, no resultaría ser un aliado en pie de igualdad, sino un cliente sumiso; en tal caso sería inadecuado hablar del rescate del protagonismo y nos parecería más acertado referirnos a la capitulación europea que, consumada, ya no podría ser materia para subsiguientes rectificaciones. El exci-

piente de esa inclinación estaría constituido por dos ingredientes: la desmilitarización y la neutralización de Alemania, ambos presupuestos necesarios, que Francia y Rusia, en cierto modo acordados, consideran como camino conducente a la unificación de Alemania. Así se registraría una coincidencia: Francia, de un lado, habría eliminado su *cauchemar* del peligro alemán. Rusia, por su parte, habría logrado lo que Moscú viene persiguiendo con incansable insistencia: malograr la integración europea, ya que una Europa, con la interposición de una Alemania inerte entre el Este y el Oeste, no sería más que un apéndice potencial de Rusia. El precio de esa aparente avenencia ruso-europea, sería de tal modo excesivo, que el viejo mundo pasaría de su condición actual de conjunto anhelando la reinstalación de un protagonismo, de no imposible rescate, a la triste situación, deducida de un inmenso Munich, diferenciado de su homónimo, porque el de antaño había constituido la antesala de una guerra inevitable, en tanto el de hogaño no supondría antecedente de un conflicto que resultaría innecesario, ya que Rusia, con la entrega de Europa y con la unificación, neutralización y desmilitarización de Alemania, habría alcanzado todos sus objetivos sin necesidad de movilizar una sola de sus muchas divisiones. De ese modo la satelitización iniciada por Rusia en los países contiguos se extendería primero al resto de Europa y, después, inevitablemente, al continente africano. Ello nos induce a ratificar lo que alegábamos en el anterior comentario: nacimiento de la *World Islam* de Mackinder y triunfo de la tesis, a cuyo tenor el país que controle las líneas interiores del mundo eurásico, fatalmente tiene que extender su dominio hasta la zona periférica del Mundo-Isla. Si ese es el euro-paísmo de Mendes-France —y la construcción dialéctica del citado político francés parece conducirnos inevitablemente a tal epílogo— debemos proclamar aquí nuestro desacuerdo con semejante interpretación, ya que aceptarla equivaldría a reconocer, por las consideraciones que expondremos más adelante, que Europa había malogrado de modo irremediable toda posibilidad de instalarse en el mundo en cuanto elemento dirigente.

La segunda consecuencia a que nos conduciría una interpretación no geográfica, sino pactista, del problema europeo, sería a la de instalar en el viejo mundo el sistema que se ha denominado de la *cocacolonización* —esto es, el viejo mundo navegando a remolque de la hegemonía norteamericana—. En la precedente

imagen va implícito un cruel reproche dirigido contra Norteamérica y que no estimamos justo ni aceptable. Los que en Europa hablan, con tan sospechosa insistencia, de los peligros de la *coca-colización*, quieren dar a entender que los Estados Unidos, titulares de una enorme suma de potencia, no son portadores más que de la fuerza, en contraste con su indigencia mental, cruelmente reducida por intérpretes mal intencionados a la difusión y consumo de la *coca-cola* entre los habitantes de las viejas tierras europeas. Esta deformación de lo que puede significar la colaboración permanente y sin reservas mentales ni complejos de inferioridad de Europa y Norteamérica, ha engendrado consecuencias que no sería prudente silenciar, ya que algunos han encontrado en el citado reproche, asidero dialéctico para sostener que siendo indeseable una proyección norteamericana respecto de Europa, resulta inadecuado concluir pactos de tipo permanente con un país que no ha sabido liberarse, por lo menos hasta el presente, de la perplejidad postbélica, por la cual aparece atenazado. En todas esas alegaciones se adivina un contenido polémico de tipo filocomunista, tan acentuadamente sospechoso, que nos parece indicado indagar respecto a lo que puede portar en sus entrañas esa peligrosa inclinación de disconformidad.

Es cierto que los Estados Unidos padecen las consecuencias de la perplejidad postbélica que, de modo genérico, se ha adueñado del mundo occidental; tan evidente, que hemos considerado oportuno el asignar al último de nuestros libros como título simbólico, el de *Los Estados Unidos perplejos ante su destino*. Ahora bien, tal achaque engendrado por la desorientación postbélica imperante, no es lícito circunscribirlo a Norteamérica, porque la afección alcanza igualmente a Europa, como lo evidencia precisa y concluyentemente el caso de la propia Francia. La nación vecina, sugeridora de la constitución del ejército europeo, ofreció al mundo el espectáculo poco edificante de que el incitador a la puesta en práctica de un determinado proyecto es el que ha impedido, a partir de 27 de mayo de 1952, su transformación en vigente realidad. No creemos pueda ofrecerse un más acentuado caso de perplejidad y desorientación, y quien es portador de ambas máculas no parece el más indicado para erigirse en definidor de lo que pueda brindarse todavía a una Europa escéptica e indecisa.

También se nos alcanza que a disposición de los filocomunistas

se encuentra un argumento de apariencia impresionante y al cual hemos aludido en nuestro citado libro: que si existe el peligro de un satelitismo soviético, no debe descartarse el riesgo de lo que se ha dado en llamar navegación en conserva con el sedicente imperialismo norteamericano. La afirmación nos parece, cuando menos, discutible, ya que no estimamos lícito aludir a la existencia de un imperialismo cuando el pueblo al cual va dirigido tal reproche, ha ofrecido muestras reiteradas e incluso excesivas de su propósito aislacionista respecto de Europa, primero desentendiéndose de la Liga de Naciones, antes intentando prolongar la vigencia secular de los consejos retractivos de Jorge Wáshington y después promulgando leyes de neutralidad *a priori*, no sólo en 1935 y 1937, sino en 1939, cuando ya la tragedia de Europa había pasado de su condición potencial a la de actual. Es cierto que otros Estados habían decretado su baja en la Sociedad de las Naciones (así, Alemania; así, el Japón), pero precisamente para desprenderse de obstáculos que dificultaran la puesta en práctica de una política internacional expansiva, precisamente lo contrario de aquello que constituyera designio norteamericano en 1920. Los Estados Unidos, en contraste, decidieron no cesar, sino decretar su no ingreso en la Liga ginebrina, inducidos y empujados a tal determinación por la presión creciente y aún no totalmente extinguida del aislacionismo norteamericano, y el aislacionismo, pese a su imprecisión y a su contenido anacrónico puede ser definido o por género próximo, sino en cuanto última diferencia, como la imagen antitética del imperialismo. Los riesgos de que son portadoras, de un lado, la satelitización soviética y de otro la *coca-colización* norteamericana, son diferentes en volumen y dispares respecto de su presumible peligrosidad.

El problema planteado por los mencionados reproches no podía pasar inadvertido a los ojos del presidente Eisenhower y, por ello, en una de sus habituales conferencias de prensa, en la primera quincena del mes de agosto, aludía específicamente a este problema, enunciando lo que significa la política internacional norteamericana respecto de sus aliados de occidente y resumida en la denominada *Good Partner Policy* o política del buen aliado. Tal sistema era objeto de esquematización por parte de Roscoe Drummond, en uno de sus habituales comentarios (*New York Herald Tribune*, 12 agosto 1954), el cual nos decía, más o menos, lo siguiente: ni Norteamérica ha de dictar a sus aliados lo que

éstos deben llevar a cabo, ni las naciones del occidente europeo deben señalar a los Estados Unidos cómo han de realizar su política internacional. Así predice Eisenhower la puesta en práctica de una política internacional, concebida y estructurada en un absoluto pie de igualdad; colaboración y no dictado; acoplamiento de tesis y no un indeseable *leadership* norteamericano. Al presidente Eisenhower no se le oculta que el factor posicional de Europa y de los Estados Unidos difiere sustancialmente, porque el Atlántico, aun cuando perdió parte de su pretérita condición de infranqueable parapeto, no ha malogrado todas sus posibilidades de baluarte. Precisamente los aislacionistas norteamericanos, valorando inadecuadamente lo que representa la muralla oceánica, han creído posible y practicable una política internacional, sustancialmente no desemejante a la propugnada por Jorge Washington y orientada a lograr un total desentendimiento respecto de las complicaciones europeas. Este factor posicional de Europa —mayor riesgo ante la proximidad de la amenaza rusa— puede engendrar dos consecuencias no ya desemejantes, sino incluso contradictorias. De un lado, la proximidad geográfica respecto del peligro ruso, lógicamente debiera constituir un estímulo aunitivo para el mundo occidental más o menos consciente de la amenaza que sobre él se cierne; en tal sentido la proximidad rusa debiera constituir causa explicativa y hasta motivo justificante de toda inclinación, tendiente al logro de la integración europea. Pero esta reacción no puede desligarse del riesgo que implica su puesta en práctica, ya que al decir de algunos intérpretes del problema europeo, la integración del mundo libre, consumada, convertiría en definitiva la antítesis del Este y el Oeste y no restaría espacio utilizable para cuantos especulan en torno a la posibilidad de instaurar una política de convivencia respecto de Moscú. Esta consideración engendra otro fruto, extraído del factor proximidad y representado por los que sostienen, especialmente en Francia, que aún es posible especular en torno a una futura neutralización de Alemania. La citada inclinación parece haber sido fortalecida a la sombra de recientes acontecimientos; aludimos a la instalación en el sector Este de Alemania, del Dr. Otto John, traslado no debidamente explicado hasta el presente, siquiera respecto del mismo, se nos ofrezcan síntomas que por su falta de nitidez inducen a pensar que se está ahora montando en la Alemania Oriental una ofensiva de paz fría encaminada a obstacu-

lizar la ratificación del Tratado de 27 de mayo de 1952. El doctor John, en sus declaraciones a los corresponsales ingleses y norteamericanos, hizo alusión reiterada a lo que constituyen sus inclinaciones políticas, que afirma distan abiertamente del comunismo y cómo, después de esa afirmación, su postura dialéctica resulta aún más confusa. El evadido parece intentar la justificación de su éxodo en el afán de lograr la unificación de Alemania, alcanzada de modo pacífico, finalidad que, lograda, automáticamente implicaría el sepelio irremediable del Tratado de 27 de mayo de 1952, cuya razón de ser carecería entonces de explicación posible.

Norteamérica, sin la inquietud dimanante de una proximidad preocupante, no puede reaccionar en ese sentido, más claudicante que apaciguador, que se abre paso en ciertos medios europeos, pero debe comprender que existen motivos explicativos de dos reacciones diferentes, y al asimilar esa tesis pensará que una de las más imprescindibles e inaplazables realizaciones de la denominada *Good Partner Policy*, ha de consistir en darse cuenta de ese estado de espíritu, imperante en ciertos medios europeos, y sólo en último término ha de pensar en decretar la ausencia de los efectivos norteamericanos, ubicados en una Europa que, por lo menos en un dilatado espacio de tiempo, a nuestro entender, no puede encontrar aquietamiento, si prescinde de la colaboración norteamericana. La diferente reacción de Norteamérica y de la Europa neutralizante, puede caracterizarse del siguiente modo: los Estados Unidos creen en el peligro ruso, pero consideran que es preciso reaccionar frente al mismo, con mínimo realismo, considerando que un nuevo Munich no sería aconsejable más que en el supuesto de considerarse irremediable la satelitización del viejo mundo. Ello equivaldría a sostener que Europa puede ser vencida sin lucha, epílogo que los Estados Unidos reputan de inadmisibile e incluso de inmoral, por lo que encierra de indisculpable fatalismo. La sedicente avenencia, realizada respecto de un país, que acreditó cumplidamente hasta qué grado explota su alcanzada hegemonía, tendría la condición de un suicidio. Esa paz no sería otra cosa que aquello que la Alemania hitleriana denominaba *diktat*, pero aún más siniestra, ya que si respecto del llamado *diktat* de Versalles, Alemania pudo realizar una política revisionista, este otro *diktat* a que nos conduciría el neutralismo euro-

peo tendría la condición de irremediable y funerario para la libertad que aún existe en una parte del mundo.

El parangón entre las dos apuntadas inclinaciones parece indicarnos que Europa, de modo inmediato, no puede hacer frente a los peligros de la contigüidad, ni salvar su riesgo de marginalismo sin la cooperación norteamericana. Esto es, de inmediato, la única solución posible; una vez alcanzada y recobrada, por parte del viejo mundo, la fe en sus destinos históricos, sería llegado el momento de rescatar Europa su misión dirigente, entonces alcanzada, sin tener que enfrentarse con el angustioso dilema Wáshington-Moscú que de modo tan evidente pesa sobre el destino de estas viejas tierras desde el año 1945.

CAMILO BARCIA TRELLES

P. S.—Coincide la redacción de los precedentes comentarios con la clausura de la Conferencia de Bruselas, epílogo que evidenció la sustancial disparidad existente entre Francia y los otros cinco signatarios del tratado de 27 de mayo de 1952. Todos los esfuerzos de avenencia, desplegados por los delegados de la Europa séxtuple, han resultado ineficientes. Así se abre un inquietante capítulo histórico en el camino que debiera haber conducido al logro de la integración europea. La gravedad que implica ese fracaso y la serie de problemas complejos que plantea nos inducen a prescindir de toda glosa inmediata respecto de lo acontecido en Bruselas y a reservar para el próximo número de esta REVISTA el estudio de tan grave e inquietante problema.—C. B. T.